

OCTUBRE. ENSEÑANZAS Y DESAFÍOS ¹

Mario Unda

Subdecano de la Facultad de Ciencias Sociales de la
Universidad Central del Ecuador
munda@uce.edu.ec

Nota: Cuando estaba terminando de revisar este artículo, me golpeó la noticia de la muerte de Juan Antonio Soriano, con quien, entre acuerdos y desacuerdos, conversamos sobre estos y otros muchos temas a través del tiempo y de las distancias. Estas breves páginas están dedicadas a su memoria

Octubre deberá ser discutido mucho más. Todavía se nos escapan muchas aristas de lo que fue, y ya está influyendo en los vaivenes preelectorales de una elección que todavía está a un año de distancia. En este artículo sólo nos proponemos plantear algunos elementos de discusión.

Crisis que van, crisis que vienen

Casi diríamos que la crisis es el modo de ser de América Latina. El último medio siglo ha transcurrido de crisis en crisis. La década de

1970 llenó el continente de dictaduras militares: ultraderechistas y genocidas, unas (Chile, Argentina, Uruguay, Bolivia); reformistas y bonapartistas las restantes (Velazco Alvarado en el Perú, Rodríguez Lara en Ecuador, Omar Torrijos en Panamá, Juan José Torres en Bolivia). En Ecuador, bajo un modelo desarrollista, fue el punto de partida del ciclo largo de modernización capitalista que vivimos hasta ahora. El retorno a la constitucionalidad no trajo consigo una época dorada de estabilidad democrática, como se supo-

^{1/} Este artículo se basa en la exposición realizada en el seminario "Movimientos Sociales en Latinoamérica y Ecuador", junto a Natalia Sierra, Eloy Alfaro y Leonardo Ogaz, realizado en noviembre de 2019. El segmento "Un año de luchas está sustentado en una cronología elaborada por Maritza Idrobo. Una primera versión del presente documento (titulada "Ecuador. El 2019 (y el 2020) a la luz de octubre. Enseñanzas y desafíos") se escribió para El Conejo, periódico de la Confederación Ecuatoriana de Organizaciones Clasistas Unitarias de Trabajadores (CEDOCUT). Con unos pocos cambios, fue publicada en Correspondencias de Prensa el 11 de enero de 2020 ([www. https://correspondenciadeprensa.com/](http://www.https://correspondenciadeprensa.com/)). La presente versión amplía y desarrolla algunos aspectos allí planteados.

nía. Las democracias representativas entraron en crisis muy pronto: su convivencia con la persistencia del poder militar y, sobre todo, el neoliberalismo y sus catastróficas consecuencias no le permitieron cumplir sus promesas de extensión de derechos y mejoramiento de las condiciones de vida de las mayorías. La crisis de la deuda fue el caballo de Troya por el que se introdujeron las cartas de intención del FMI y las políticas neoliberales. La economía y la política alimentaron una muy regresiva distribución de la riqueza, el empobrecimiento, la precarización del trabajo, el incremento de las desigualdades y el descalabro de los servicios públicos. Algún rato, el resultado es el desborde del descontento y el estallido de la protesta: ocurrió en Brasil, en la Argentina, en Bolivia, en Perú, en el Ecuador. La protesta social se extendió como un huracán por toda América Latina. En Ecuador fueron 25 años seguidos de resistencia y luchas sociales, huelgas, paros nacionales, levantamientos, desfondamiento y caída de tres gobiernos sucesivos. La crisis del neoliberalismo abrió las puertas para el ingreso triunfal de los populismos.

Los populismos son dados por muertos de tanto en tanto, pero ya van cerca de cumplir su centenario entre nosotros. Generalmente, una combinación de factores le ofrece

el ambiente favorable para su reaparición y consolidación: la agudización de los conflictos de clases, la crisis de las fórmulas políticas de las clases dominantes, la debilidad política de las clases subalternas y modificaciones significativas en las disputas por el control de la mundialización capitalista. Lo que les da fuerza es su capacidad de mostrarse como si estuvieran por encima de los conflictos, lo que, a su vez, les permite expresar las necesidades estratégicas de los grandes capitales, cubriéndolo con la atención a determinadas demandas de las clases subalternas -que normalmente son desatendidas por los gobiernos conservadores y neoliberales. Así pueden presentarse como los primeros o los únicos que se han ocupado de las necesidades populares. No obstante, su fortuna también está ligada a otro factor, que les resulta indispensable: que la mayoría de la nación se encuentra en incapacidad de representarse por sí misma.

Estas características definen el campo de conflictividad en que se mueven los populismos, y así fue con el correísmo. En un momento dado, los conflictos ya no pueden ser arbitrados con la misma soltura, en parte porque la burguesía comienza a recuperar algo de credibilidad en sus formas de representación política, acicateada

por el incremento de su poderío económico durante los diez años de “revolución ciudadana” y atrae tras de sí a segmentos de las clases medias, en parte porque las clases subalternas han resistido los embates desestructuradores del correísmo y comienzan a reconstruir su capacidad de movilización; en parte, en fin, porque la crisis económica mundial y la modificación de las relaciones de fuerza mundiales reducen el margen de maniobra del gobierno. Así, al final del mandato de Correa su régimen mostraba evidentes signos de desgaste, mal disimulados por el triunfo electoral de Moreno. El retorno a las políticas neoliberales comenzó entonces, durante el gobierno de Correa. La confrontación entre el expresidente y su sucesor hizo estallar Alianza País y debilitó aún más al nuevo gobierno que finalmente no logró sostener su juego de equilibrios imposibles y acabó claudicando frente a las Cámaras empresariales y al FMI.

De modo que la crisis del populismo abrió las puertas al regreso del neoliberalismo. Pero no presenta ninguna novedad: igual que en su primer ciclo, el neoliberalismo nuevamente viene con la crisis en su seno. Eso es lo que se ha vivido en el Ecuador y en varios países de América Latina en los últimos meses de 2019.

Un año de luchas

Octubre no fue un rayo en cielo sereno. 2019 fue un año de luchas. En realidad, desde finales de 2018 y durante todo el 2019 se produjeron diversas protestas, marchas y plantones para rechazar las intenciones del gobierno de Moreno de echar el país para atrás y reproducir las políticas neoliberales que gobernaron el Ecuador de 1981 a 2005. Entre febrero y marzo el gobierno firmó una carta de intención con el Fondo Monetario Internacional que contemplaba, entre otros puntos, el incremento de los combustibles, el reemplazo de impuestos directos (el impuesto a la renta) por impuestos indirectos (el IVA), la precarización del trabajo, la reducción de la inversión pública y la privatización de empresas estatales.

Un breve repaso: a fines de enero, el Frente Unitario de Trabajadores (FUT) realizó una masiva marcha en contra de los despidos, del alza de los combustibles y del bajo incremento del salario mínimo; por las mismas fechas, la Conaie efectuó movilizaciones en Cayambe y Cotopaxi en rechazo a las medidas económicas. En febrero, los trabajadores de la Corporación Nacional de Telecomunicaciones (CNT) protestaron contra la privatización de la empresa y el FUT anuncia que se preparan acciones conjun-

tas para enfrentar el proyecto neoliberal del gobierno. Ese mismo mes, el pueblo wao realizó una importante movilización en contra de la explotación petrolera y en defensa de la consulta previa. En marzo, la Coordinadora Nacional de Jubilados anunció acciones para que el gobierno cumpla el compromiso de pagar las jubilaciones.

El 6 de abril, la convención del FUT anunció la preparación de una huelga nacional sin fijar aún una fecha. En mayo, la marcha por el día del trabajo se convirtió en una multitudinaria protesta contra el neoliberalismo. El 23 de ese mismo mes la Conaie anunció la preparación de una movilización nacional contra las políticas neoliberales. El 6 de junio, el FUT realizó una masiva marcha en contra de las reformas laborales. Durante ese mes, se desarrollaron en diversas ciudades varios encuentros del FUT y el Colectivo Unitario para analizar alternativas a las políticas del gobierno sobre reformas laborales y a la seguridad social. Entre fines de julio y principios de agosto se llevó a cabo una huelga de hambre de maestros jubilados exigiendo el pago de sus haberes.

El 21 de agosto se movilizaron los afiliados al Seguro Social Campesino. En agosto y septiembre salieron a protestar estudiantes de

medicina e internos rotativos de hospitales públicos por la drástica reducción de sus estipendios decidida por el gobierno. El 5 de septiembre tuvo lugar una gran marcha nacional del FUT. A mediados de mes grupos de mujeres realizaron varias acciones a favor de la despenalización del aborto en embarazos causados por violación. El 25 de septiembre se manifestó el movimiento indígena en Guaranda contra las concesiones mineras. A fines de ese mes, la provincia del Carchi realizó un paro de siete días.

Así que el decreto 883 con el que el gobierno incrementó los precios de los combustibles sólo fue la gota que derramó el vaso de la inconformidad con un modo de gobernar que favorece a los grandes grupos de poder económico. El alza de los combustibles es un tema sensible: afecta a todas las clases y sectores populares, sobre todo a las familias que perciben menores ingresos, porque acarrea el incremento de los pasajes, del transporte y de los costos de operación de los pequeños negocios. Por eso las protestas fueron tan masivas y crecientes, y por eso el gobierno fracasó al tratar de imponer la medida a través de concesiones parciales a algunos de los sectores movilizados (transportistas, servidores públicos, indígenas y campesinos) y a punta de esta-

dos de emergencia, toques de queda y de militarizaciones y tuvo que retroceder temporalmente.

Las enseñanzas de octubre

¿Qué enseñanzas nos dejaron estas jornadas de protestas sociales?

Las crisis y la agudización violenta y sorpresiva de los conflictos tienen la virtud de disipar los velos y los engaños. Las máscaras y las pretensiones son arrancadas por el vendaval de la multitud desbordándose. En esos 11 días, el Ecuador se mostró nítidamente como una sociedad fragmentada y violenta, lo que ya había quedado en evidencia en las elecciones de marzo de 2019.

La crisis desnudó al régimen político y sacó a la luz una democracia frágil y maltrecha. Un gobierno y sus políticas nunca son legítimos y democráticos solo porque hayan sido elegidos a través de los mecanismos electorales. Los grupos dominantes tienen una visión muy estrecha y pobre de la democracia. Para el pueblo, por el contrario, la democracia y la legitimidad se construyen y se ponen a prueba todos los días y se definen según a quién sirvan las políticas fundamentales de un gobierno, y si esas políticas han sido tomadas consultando a las mayorías. El gobierno

de Moreno ha perdido legitimidad; sus políticas neoliberales y su autoritarismo represivo no son legítimos.

La rapidez, la unanimidad y la virulencia con que los grupos dominantes cerraron filas demuestran que las políticas neoliberales son el único programa político que tienen el gobierno, las cámaras empresariales, los partidos de la derecha y el Fondo Monetario Internacional. Pese a que la protesta social y el desborde popular los forzaron a negociar y a dejar sin efecto, momentáneamente y a regañadientes, el aumento de los precios de los combustibles y de los pasajes, no se muestran para nada dispuestos a impulsar políticas distintas que no carguen el peso de la crisis sobre las espaldas de las clases trabajadoras y del pueblo.

Como ya ocurrió en el anterior ciclo neoliberal, las políticas de ajuste difícilmente podrán contar con el consentimiento activo de las grandes mayorías: en estas condiciones, los promocionados diálogos y consensos no pueden llegar más que a tristes parodias. Octubre y el tiempo transcurrido desde entonces mostraron que el camino por el que la burguesía está dispuesta a avanzar es el de la imposición autoritaria y la represión: actuación violenta e inhumana de la policía, sacar los militares a las calles a

enfrentar al pueblo, causar más de mil heridos y tomar mil presos, perseguir judicialmente a las personas que se manifiestan y a los dirigentes de las organizaciones que encabezaron la protesta, utilización desvergonzada del código penal represivo aprobado por Correa, desconocimiento del derecho de protesta y de las libertades y garantías que lo respaldan, violación de los derechos humanos... Los datos aportados por la Defensoría del Pueblo y por organismos de derechos humanos no dejan lugar a dudas. Esto siempre trae consigo la restricción y el vaciamiento de la democracia: si caminamos de vuelta al neoliberalismo, caminamos nuevamente hacia el reino de las democracias restringidas.

Un indicio fue la captura de todas las instituciones estatales por el estado de emergencia y la función represiva y, en consecuencia, la crisis de las instituciones políticas que podrían haber jugado un rol de mediación, como la Asamblea Nacional o los Municipios. El estado de emergencia es la imagen que delata el fracaso democrático: para proteger la democracia -nos dice- hay que anularla, así sea temporalmente. Como dijo el ministro de defensa, en estado de emergencia, todas las instituciones tienen que subordinarse al mando militar.

Pero, frente a todo eso, el pueblo ecuatoriano ha demostrado que tiene reservas morales, capacidad de movilización y un profundo sentido de solidaridad humana que le permiten enfrentar proyectos políticos y económicos empobrecedores y represivos; reservas morales que se liberan y se desbordan cuando llega un punto en que siente la situación insoportable. Aunque parezca que está inmóvil y derrotado, ese estado puede cambiar en cualquier momento; las necesidades de la vida y la lucha movilizan las conciencias.

La protesta fue una creación de todo el pueblo; no fue la acción ni la convocatoria de un sector particular o de alguna organización, aunque desde afuera haya dado esa impresión: su carácter se fue configurando con los días, cuando más y más sectores sociales y más y más personas fueron sumándose al torrente de movilización. Y entonces ya no fueron solo las organizaciones: la multitud fue creciendo a partir de grupos familiares, de vecinos y de amigos; aparecieron entonces -si se puede decir así- formas informales de ser la organización social e innumerables puntos de "conducción" espontánea que dieron forma y lugar al desborde popular. Finalmente, tampoco hubo tiempo para que pueda ir cristalizando una hegemonía popular al interior de la protesta multitudinaria.

Como todo conflicto fundamental, las jornadas de octubre se desarrollaron abiertamente como una confrontación de clases. Pudo observarse con nitidez en las medidas adoptadas por el gobierno, que favorecen económicamente a los empresarios y perjudican a las clases populares; en la unanimidad con que los grandes capitales -a través de sus gremios (las Cámaras empresariales), de sus partidos políticos y de sus instrumentos de resonancia mediática- exigían esas medidas, otras aún más radicales y respuestas más represivas; en la guerra declarada abiertamente por el gobierno contra el pueblo. Fue evidente en el instinto de clase de cada sector de la sociedad, que los condujo a un alineamiento nítido: los grupos dominantes cerraron filas alrededor de las medidas y del gobierno y clamaron por una represión más violenta; las clases populares y trabajadoras participaron en la protesta y se solidarizaron con ella. Las clases medias se fragmentaron: unos siguieron ciegamente la postura de los grandes empresarios; otros pretendieron mantenerse neutrales; y otros más se solidarizaron de distintas maneras con la lucha popular y se sumaron a las movilizaciones.

Los desafíos que nos deja octubre

Así como quedaron enseñanzas, quedaron también importantes

desafíos que habrá que enfrentar de ahora en adelante.

Es necesario defender y fortalecer todo espacio de organización social. Sin ello, toda resistencia y toda lucha serán más débiles y tendrán más dificultades para lograr continuidad. La organización no agota la capacidad de movilización popular, pero sin organización los desbordes populares tienden a disiparse.

Las organizaciones se debilitan si no están rodeadas por un tejido social más o menos sólido; por eso, no podrán fortalecerse si únicamente miran hacia adentro: deben ampliar su espacio de acción más allá de las personas organizadas y buscar maneras de mantener contactos permanentes con la población en general, especialmente con los jóvenes.

El estallido social de octubre mostró que, partiendo de sus propios problemas y urgencias, los diversos sectores populares y sus organizaciones pueden confluír, y que esa confluencia es la única fuerza que pueden oponer al poder del dinero y de la represión. Son, además, los únicos momentos en que el pueblo consigue existir por sí mismo, más allá de los discursos retóricos que lo invocan en su ausencia. Pero si la confluencia es sólo pasajera, el pueblo se deshila-

cha, se disgrega y pierde su fuerza. Algún día se reconocerá que es necesario construir espacios de encuentro más duraderos en los que las confluencias vayan siendo trabajadas y preparadas para avanzar en conjunto. Pero eso requiere que se vayan desarmando los particularismos que subyugan las potencialidades de los movimientos sociales.

Después de la lucha social viene la disputa de las interpretaciones. El gobierno, las derechas, las cámaras empresariales y su prensa han construido una fábula negra sobre la protesta, acusándola falsamente de vandalismo, de intentos de desestabilización y de golpe de Estado, de terrorismo, de guerrillas urbanas, de haber estado manipulada por el correísmo, por el dinero de Venezuela o por cadenas televisivas internacionales. Todas esas patrañas con la pretensión de justificar lo injustificable: declararle la guerra al pueblo. Vuelven entonces a poner en circulación las "teorías" del enemigo interno, utilizadas por las dictaduras genocidas en las décadas de 1960 y 1970 y reavivadas en el anterior período neoliberal para alegar la necesidad de que las fuerzas armadas se conviertan en el poder detrás del poder.

La reflexión y el estudio de octubre se hacen necesarios para desmon-

tar ese cúmulo de mentiras, construir nuestras verdades y no dejarnos engañar ni confundir. El desborde popular de octubre fue la protesta legítima del pueblo para rechazar las medidas neoliberales que ya se implementaron y fracasaron entre 1981 y 2005. Y fue un ejercicio de construcción democrática, como se demostró al obligarle al gobierno a dialogar con el pueblo sobre las políticas que deben implementarse.

Las luchas de octubre tuvieron una enorme importancia, pero la derogatoria del decreto 883 fue solo un episodio: el resto del programa neoliberal sigue allí, agazapado en la carta de intención que el gobierno firmó con el Fondo Monetario Internacional. Las luchas decisivas están adelante y seguramente poblarán el 2020.

No es la primera vez que en el Ecuador se vivió un desborde popular; ya los hubo antes en la guerra de los 4 reales, en los paros nacionales del pueblo, en las movilizaciones que desalojaron a Abdalá Bucaram del gobierno... Y un tema que siempre ha estado planteado y no ha logrado resolverse es la conversión de la fuerza social en fuerza política. La secuencia de procesos electorales hace pensar que las elecciones son la solución. Podrían serlo, siempre y cuando se lograra intuir otra polí-

tica electoral o una manera no electoralista de participar en las elecciones. Infelizmente, los modos usuales están demasiado interiorizados en la sociedad: personalismos, sectarismos, hegemonismos y oportunismos son parte de la cultura política y no desaparecen simplemente por decir que

somos distintos. La participación en las elecciones venideras es una necesidad política, pero hay que cuidar que ella no lleve a disipar octubre en la feria de las precandidaturas.

Quito, enero-febrero, de 2020